

EL PARRICIDA.

INTRODUCCION.

CUADRO I.—EL VALLE Y LA ERMITA.

Ved el valle delicioso
pacífico y recatado,
del monte allá recostado
en breve oscuro confin.
Su recinto misterioso,
en follaje y pompa ameno,
con su galanura lleno
ostenta rico jardín.

Entapiza verde alfombra
de hiervecilla menuda
la tierra, que no ya ruda
ofendiera el leve pié.
El bosque su opaca sombra
brinda silencioso umbrío,
cual gabinete sombrío
que de amor retiro fué.

En la apacible enramada
las parleras bellas aves
cantan en trinos suaves
sus placeres y su amor.
Brotan el monte una cascada,
nubes alzando de espuma,
que matiza en leve bruma
tornasolado color,

Y se precipita al cauce
manso, límpido, esplendente,
que desliza su corriente
cruzando el grato verjel.
Sus orillas borda el sauce
los crespones inclinando,
ya orgulloso levantando
su altiva copa el laurel:

Y el arroyo serpentea
por el valle y por el prado,
brillo destella argentado
cual espléndido cristal;
con su murmurio recrea
la triste agitada mente
cual arrulla dulcemente
una trova divinal.

Despliega en tanto la rosa
su corola purpurina,
tal vez ostenta divina
de aurora la candidez,
ó la azucena olorosa
al pié del jazmin fragante,
el bello narciso amante
con la violeta á la vez.

Entre lindos cinamomos
el sándalo y mirto unidos,
los jacintos confundidos
con el lirio y arrayan;
entre espinas los aromos,
y la reina de las flores,
ostentando sus colores
la anemona y tulipan.

Y mas allá tambien brilla
tornasolada aureola,
la carmesina amapola,
y matizado clavel,
cual caprichosa cuadrilla
de árabes ricos galanes

con sus lujosos caftanes
en fantástico verjel.

En medio apenas descuella
de apartado bosquecillo
un techo humilde, sencillo,
de solitaria mansion.
Del cristiano con la huella
ved el recinto marcado,
que en el techo está enclavado
el signo de Redencion.

Y en el breve cementerio
la cruz salta está plantada,
de llorones rodéada
y del lúgubre ciprés.
Un humilde presbiterio
con esta ermita se hermana,
y una pequeña campana,
de la oracion síno és.

A corto ámbito la ermita
en sus linderos se estiende,
la tosca pared asciende
donde el brazo alcanzará.
Vese la imágen bendita
de Jesus crucificado
en pobre altar, y á su lado
su Madre Virgen está.

Este grupo sorprendente
y de mística belleza,
con religiosa tristeza
alumbra lánguida luz.
La pobre lámpara ardiente,
y algunos bancos en torno,
completan todo el adorno,
y allá en el fondo una cruz.

INTRODUCCION.

CUADRO II.—EL MONGE Y LA PLEGARIA.

Su tibio rayo la aurora
pálido, languideciente
asomara por oriente
con ráfagas de arrebol;
con sus destellos colora
bella, refulgente, ufana
la semi-oscura mañana,
nuncia del luciente sol.

Al blando sonar del viento
las aves baten sus alas,
ostentando ricas galas
de variada esplendidez,
y en armónico concento
con inspirada poesía
saludan del nuevo día
la rosada brillantéz.

Susurra la blanda brisa
á empuje de leve rama,
y el ámbito se embalsama
con aromático olor.
Cual misteriosa sonrisa
las corolas se despliegan,
y las mansas ondas riegan
humildes la bella flor.

Allá en su sotillo ameno
balan simples ovejillas
triscando las cabritillas
con plácido inquieto afán,
ó ya corren hácia el seno
de sus madres reposadas